

Señor Decano de la Facultad de Filología, estimados vicedecanos y Secretaria Académica de la Facultad; queridos profesores del Grado en Español, Grado en Filología Clásica y Grado en Lenguas semíticas; queridos familiares y, hoy sí que sí, *jóvenes filólogos*: buenos días.

Quisiera rendir cuenta ajustada del inmerecido honor de ser yo quien les dirija estas palabras, pero ya sea precisamente por esa falta de mérito o por cortedad de mi resfriado ingenio, no soy capaz de hallar entre el amasijo de emociones que se me anuda en el lugar de la corbata unas pocas palabras justas con que darles las gracias por estar aquí. Es una ironía muy sagaz del destino que sea precisamente hoy, cuando nos revestimos de la dignidad de quienes son guardianes del verbo, nos quedemos sin palabras.

Arañando esperanzas de poder estar a la altura del grave empeño en que me han puesto mis compañeros, he encontrado solo una cosa que poner en mis labios y que sea verdaderamente representante de todos nosotros en este día de la memoria: un emocionado recuerdo por el profesor Paulino Ayuso, ese hombre tan bueno en tantos buenos sentidos de la palabra, que hace apenas unas semanas tomó un tren que dejó huérfana a esta Facultad.

Después, pensando qué decir, quise ser afanoso, y buscar un manual de retórica de los discursos de graduación –estos son los modos de actuación de los filólogos, queridos padres–, pero como nos han cerrado la Biblioteca por causas de fuerza mayor me ha sido imposible preparar algo que pudieran sancionar con agrado Quintiliano o Cicerón.

Así pues, creo que lo más sensato desde mi pobreza es que renuncie a la pretensión de hablar en vuestro nombre para, más bien, hablaros a vosotros, compañeros míos.

Supongo que el manual que no he podido consultar dice que debería construir la disposición del discurso desde este punto final del camino en el que estamos para, desde aquí, mirar atrás. Pero yo, que soy muy fiel al rupturismo lopesco y a la inversión de Valle, quisiera hablaros desde otro sitio. Quisiera recordaros el segundo anterior a todo esto que estamos terminando ahora. No el principio, sino justo el instante anterior. Ese segundo que es «cuando estaba el mundo a punto/ de que el prodigio sucediese», como dice José Hierro. El momento anterior a todo, cuando los profesores no tenían rostro,

cuando los compañeros no tenían nombre, cuando el azulejo de las paredes ofrecía confusos indicios de orden o cuando las ventanas abiertas de par en par al Guadarrama, ofrecían aún paisajes novedosos. Entre esas personas sin nombre –no olvidéis que todo camino hermoso concluye al pronunciar un nombre –estaban esas personas que luego echarían raíces en el alma y se harían imprescindibles, nuestros. Allí estaban las personas con las que íbamos a *crecer hacia el cielo*, como quería Luis Rosales, con las que íbamos a compartir, a discutir, a beber, con las que íbamos a construir una vida que siguiera mereciendo la pena: a las que íbamos a amar.

Cuando estaba el mundo a punto de que el prodigio sucediese. Ese instante anterior y primitivo, original como el irreprochable pecado del error o de la duda, es importante porque en él todo era posible. Nada existía, y por eso todo era posible, todo era cierto, todo era esperanza. La imposibilidad es siempre hija de las decisiones que tomamos; solo los momentos anteriores, solo ese segundo al borde de lo inminente lo podía todo, lo lograba todo, lo quería todo, porque no sabía nada, ni una sola palabra del futuro. Ahora que ya todo está cumplido y que este segundo final abre la inminencia de otro horizonte incierto pero *omnipotente aún*, quería recordaros que hoy también todo es posible, como lo fue entonces. Porque empezar siempre es posible.

Vosotros, queridos padres, hermanos, abuelos: vosotros también conocéis la magia del primer instante. Vosotros conocéis mejor que nadie el instante anterior a que nosotros sucediéramos, cuando éramos una interrogante, una incógnita, un vientre hinchado, un volcán de posibilidades. Ahora nos tenéis aquí, con esta banda que nos hace depositarios de una nueva esperanza: la esperanza que de la palabra siga enrareciendo el aire que nos distancia de los otros, acercándonos y uniéndonos en el milagro de la comprensión. A vosotros, que lo habéis dado todo por nosotros en un sacrificio diario que posiblemente durante muchos años aún, es el momento de daros las gracias. Una vez oí que una madre de uno de mis compañeros aquí sentados le decía a su hijo: «Yo solo quiero que seas tú mismo». ¿Sabría esa mujer que estaba bendiciendo a su hijo con el gran regalo cervantino? «Amigo Sancho, nunca olvides quién eres». Gracias, queridos familiares, por haber asistido a todos nuestros segundos primitivos, por haber hecho que también para nosotros el prodigio sucediese.

Y vosotros, queridos profesores, doctores de la nodriza que amamanta y del jinete que lega la antorcha, permitid que hoy no pronuncie nada sobre la necesidad de la investigación, martirizada hoy en nuestra triste España sin ventura, condenada por poderosos que están al servicio del dinero antes que de la verdad. Permitid que no diga

esto, sino que hable de la necesidad de los maestros, de la importancia del hermoso nombre de *profesores*. Cada vez más parecidos a quijotes, sé que seguiréis pidiendo la paz y la palabra, defendiendo este bastión sagrado de la enseñanza pública, estandarte de todo progreso auténtico en una sociedad justa. Gracias por habernos enseñado el amor a la palabra, el amor al ser humano, investido de gracia por el pensamiento y *aquello por lo que es* el pensamiento: el lenguaje. Gracias a los que nos habéis hecho querer cada ladrillo de este edificio: la Facultad del sueño de Morente, del sueño de Ortega, del sueño de los que alguna vez soñaron una España mejor en la que amar sea el verbo más bello.

Y a vosotros, compañeros, quiero decir solamente que el Guadarrama sigue ahí, derritiendo la nieve, insistiendo la nieve fundida de cada verano y cada primavera. Que se hace más alto cada día, como vosotros también. Aquí, en este quicio de un futuro incierto, en este punto inminente, en este nuevo instante en el que todo es posible; estrangulados por una sociedad que sube desorbitadamente las tasas de acceso a los estudios, que elimina las becas y exilia a los mejores, aquí, justo aquí, quiero daros las gracias. Por lo que hemos vivido juntos y lo que queda por vivir, pero sobre todo por esta palabra, y esta, y esta palabra, y cada una de las palabras que hemos amado juntos y que juntos vamos siempre a defender. Muchísimas gracias.